

tes como divergentes. La relación que tiene con el fútbol se fundamenta en esto y en que permite la fluidez de deseos; la emocionalidad se exterioriza y se convierte en una forma de expresar nuestro desconcierto ante esa identidad borrosa y perdida. Ambos “conducen a un encuentro del género con el país”<sup>10</sup>, debido a que, por ejemplo, la telenovela colombiana tiene rasgos específicos como el uso de la sátira, la burla y la mezcla de melodrama y comedia, la mexicana trae muchos estereotipos y excesos en el decorado, etc. Respecto al fútbol, también hay un estilo propio de cada país, por ejemplo, a Brasil se le conoce por su juego espontáneo, a Argentina por ser estructurado, entre otros. Siendo así, los dos establecerían características propias de la comunidad imaginada al representar fragmentos de identidades.

La cultura se manifiesta en estas actividades y se junta con la lógica mercantil en las mismas. Las telenovelas interpelan “lo que de pueblo pervive en la masa”<sup>11</sup> porque encuentran su origen en la novela de folletín y el melodrama y en ellas persiste la anacronía de lo popular y la repetición, pero esto es transformado y resignificado para acomodarse a los avances tecnológico-audiovisuales y las demandas culturales que van de lo regional a lo nacional y de aquí a lo transnacional. Esta hibridación con el mercado también es visible en el fútbol cuando se habla de clubes, pues los jugadores se venden al mejor postor. América Latina exporta piernas, como diría Galeano, y se confirma que “en el fútbol, como en todo lo demás, nuestros países han perdido el derecho de desarrollarse hacia adentro”<sup>12</sup>. Por ello, nuestros clubes no son tan reconocidos afuera como los europeos. Los mejores jugadores emigran y así, otros se llevan la fama; hecho bastante frecuente en nuestra historia... alguien más se enriquece con nuestros recursos naturales, con nuestra

mano de obra, con nuestros deportistas, ¡y todavía se nos reclama deuda externa!.

## Ordenar, pensar y producir la vida social

Erika Tatiana Ariza Hernández

Es a partir de esta disputa de legitimación y desprestigio que nacen los antagonismos, en los cuales como dice Cristina Rojas “Sólo sabemos quiénes somos cuando sabemos quiénes no somos, y a menudo solamente cuando sabemos contra quiénes estamos”<sup>13</sup>, mostrando claramente como en este proceso se llega a reconocer al adversario como blanco que debe ser acabado para que el ‘supuesto’ bueno pueda triunfar e imponerse. Esta violencia que se vive en los antagonismos se fundamenta en el defender y luchar por una idea que “porta un saber que se presenta solo y encierra un saber para pensar que no se piensa”<sup>14</sup>, es decir, una idea que está inundada de sentimientos que ‘supuestamente’ reafirman, representan y legitiman la identidad propia a partir del odio al contrario, una idea que es la base de una cultura de masas en la que se vive un ‘amor en potencia’ en el que todos luchan por un saber que no conocen ni piensan pero que los hace iguales, comunes, los legitima y les da aquello que tanto anhelan: una identidad.

De acuerdo a lo anterior haré referencia a la siguiente frase que muestra de forma clara la base de ese discurso proveniente de las ilógicas ideas que se siguen sin conocer el por qué. Esta frase dice que: “El horror, la argumentación sorda y el exterminio de la reserva electoral se convierten en la operación simbólica de una violencia que invade el dis-

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 65.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 13.

<sup>12</sup> Eduardo Galeano, *Ser como ellos y otros artículos*, Siglo XXI, 1999, p. 38.

<sup>13</sup> Cristina Rojas, *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*, Ed. Norma, Bogotá, 2001, p. 323.

<sup>14</sup> Carlos Mario Perea, *Porque la sangre es espíritu. Imaginario y discurso político en las élites capitalinas (1942-1949)*, Ed. Santillana, 1996, p.84

curso político”<sup>15</sup>: un horror que convierte a la política en un escenario de exterminio al adversario; una argumentación sorda que no permite la comunicación entre las colectividades para llegar a un acuerdo o reflexión y una desconfianza a la democracia. Cabe mencionar que el discurso ha sido desde siempre un arma de poder para quien busca imponerse y legitimarse utilizando como instrumento el lenguaje, pues éste se convierte en el arma de violencia que construye ese discurso histórico que edifica una realidad y busca hegemonizar la narración de quien lo construye. Además de esto hay que reconocer que el discurso lleva consigo representaciones sociales que determinan la forma de ver el mundo y el comportamiento del sujeto. Todos estos discursos e ideas se fundamentan en un referente simbólico que se basa en un código imaginario religioso que representa una simbólica en la que existe un agresor, un agredido y un salvador. En estas representaciones el elemento religioso se manifiesta en esa idea de “la sangre como símbolo del sacrificio que limpia y purifica”, es decir, la salvación tiene que pasar por la muerte, por la sangre que corre y purga, una sangre que es ese espíritu que legitima la violencia. De igual manera, la simbología religiosa se mezcla en la idea de un salvador, de un mesianismo, que de cierta manera conserva las características del Mesías salvador que murió para salvarnos del pecado.

En consecuencia, de esta disputa de ideas y discursos nace una violencia simbólica en la que se muestra como toda violencia está marcada por un acto de venganza en el que cada cual busca imponerse y mostrar su valentía y honra, una violencia que se ha hecho manifiesta desde las épocas de civilización en las que valiéndose de la agresión física y verbal el civilizador buscaba que su ‘civilizado’ fuera tal como según quería. Esta situación nace una economía política de la comunicación que se divide en tres etapas: la primera hace

referencia a una producción de sentidos, es decir, una violencia de representación, le sigue una etapa de intercambio de sentidos basada en el discurso, por medio del cual (como afirmó anteriormente), se presentan unas representaciones sociales que rigen el comportamiento del sujeto, sus gustos y actuar; y una tercera etapa que hace referencia al consumo o recepción de estos significantes y discursos, además esta es la etapa en la cual se manifiesta la acción del individuo que pelea por una idea llena de sentimientos que lo mueven inconscientemente y lo llevan a una violencia física que no mide fronteras.

Todo esto se acompaña de una escritura de la historia que está basada en mitos y relatos que por medio de símbolos buscan expresar un conocimiento que presume de ser completo y coherente, mitos que “se traducen en una lucha por la significación en el espacio de la comunicación”<sup>16</sup>, una lucha que busca dar origen a las ciudades, establecer roles, dar representaciones sociales, es decir, dar visiones de mundo a partir de la historia de sucesos pasados de civilización y barbarie, de exclusión y poderío, de simbolismos. Mitos que en Latinoamérica intentan mostrar nuestra identidad, mitos religiosos: la fe católica; mitos políticos: la exclusión y la desobediencia a la ley; mitos culturales: la violencia y la deshonestidad, mitos que refuerzan y dan mayor validez a esa historia escrita por ‘nosotros’. En este punto se hace indispensable hacer referencia al papel de la memoria en la construcción de historias y mitos, puesto que es un conjunto de experiencias y recuerdos sueltos y colectivos que se encuentran para producir un sentido. A partir de la memoria es que se da razón a las grandes experiencias contenidas en mitos e historias según lo que a ese ‘nosotros’ le sea de beneficio, pues como dice Martha Mejía en su ensayo, “la memoria es la construcción que proviene de una toma de decisiones del ‘nosotros’ cuidadosamente seleccionada, apartando

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 128.

<sup>16</sup> Martha Lucía Mejía, “Mito, historia, memoria e identidad”, Documento mimeografiado, 2004, p. 5.

contenidos que producen miedos y privilegiando aquello que signifique goce para ese ‘nosotros’<sup>17</sup>, es decir, que así como esa memoria se construye también es olvidada, pues en ella se conserva solo lo que apoya al sistema imperante, todo lo que según ellos no sirva hay que olvidarlo, expulsarlo de la historia, de tal manera que los acontecimientos que sí convengan pasan a ser fechados y eternizados.

Dentro de este contexto los símbolos cumplen un papel fundamental puesto que son una forma de apropiarse, de formar parte y de distinguirse, es decir, de formar identidad a partir de los diferentes sistemas de representación, que en el caso de América Latina, se podrían enmarcar en los dos principales: el fútbol y la religión. El fútbol en América Latina es más que un deporte o una manera de distracción, es sobre todo un gran símbolo que hace parte de la identidad latinoamericana, pues es en él que todos nos hacemos una nación, y nos entregamos durante 90 minutos a esa representación simbólica en la que más que ser un equipo que debe ganar “un territorio que hay que defender, y otro que hay que invadir y penetrar para derrotarlo”<sup>18</sup>, es decir, es el encuentro de países y regiones en el cual quien gane no solo es mejor equipo, sino es mejor país o región, es más nación, tiene más identidad. Es por esto, que el fútbol en América Latina se ha convertido en esa esperanza y posibilidad de una identidad que no se consigue sino en medio de la lucha de piernas en la que todos queremos que nuestro equipo gane para imponernos, y sentirnos orgullosos por pertenecer a nuestro país o región.

Al igual que el fútbol, la religión es otra de las representaciones simbólicas latinoamericanas que nos da la ilusión de poseer una identidad y distinción con las culturas extranjeras, es por ello, que imágenes como el Divino Niño, los santos y la gran cantidad de vírgenes con diferentes nombres

se convierten en símbolos de algo que no poseemos, símbolos de unión, de una sola comunidad católica que lucha por una nación justa y equilibrada, símbolo de identidad y de tranquilidad porque tenemos en quien ser todos uno solo, porque poseemos una religión que nos convoca a ser una colectividad llena de representaciones que nos hacen únicos.

Partiendo de lo que se ha expuesto hasta ahora sobre representaciones simbólicas y la manera como ellas nos unifican es preciso referirse a ese “ordenar, pensar y producir la vida social”, a esa organización social llamada identidad, la cual nos invita a pensar sobre lo que fuimos, somos y seremos. Esta identidad no es un texto terminado producto del pasado, por el contrario, es una dinámica de construcción constante en la que todos hacemos parte esencial y en la que todos nos unimos como colectividad a través de símbolos, los cuales nos urgen y homogenizan.

## **La identidad se contruye... de reconocer un pasado, comunicarlo a un presente, para transformar el futuro**

**Luis Alfonso Cárdenas Mateus**

¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Para dónde vamos? Alrededor de estos interrogantes se empieza a generar uno de los grandes problemas que tenemos con nuestra memoria personal y por ende con nuestra historia colectiva; pues si carecemos de la primera, será difícil concretar la segunda, siendo cada una de ellas, necesidades sociales indispensables; pues “la historia cumple para todo grupo la misma función que la memoria para cada individuo, que es la de darle un sentido de identidad que le hace ser él mismo y no otro”<sup>19</sup>. Entonces, la memoria y la historia son “la columna

<sup>17</sup> *Ibíd.*, p. 7.

<sup>18</sup> Ruben Oliven, *Fútbol y cultura*, Ed. Norma, Bogotá, 2001, p. 17.

<sup>19</sup> Josep Fontana, *¿Para qué sirve la historia en tiempo de crisis?* Ed. Pensamiento Crítico, Bogotá, 2003, p. 44.